

Valladolid, capital jesuítica de Castilla¹



Javier Burrieza Sánchez*

Desde la llegada de los jesuitas a la villa del Pisuerga en 1545, Valladolid se convirtió en una de las capitales jesuíticas del reino de Castilla, y punto estratégico para la rápida expansión de la Compañía. En la que fue Corte de Felipe II se constituyeron cinco modelos de casas de esta orden religiosa: la casa profesa para la formación de las elites de la Compañía, el centro académico, el colegio dedicado a la formación de sacerdotes católicos para Inglaterra, el colegio para la formación de la burguesía de las ferias, y los novicios. Cinco formas, todas ellas, de hacer Compañía en la Edad Moderna.

Palabras Clave: Compañía de Jesús. Colegios. Educación. Cultura. Órdenes religiosas. Castilla.

Jesuitak Valladolidera 1545ean iritsi zirenetik, Pisuergako hiria Gaztela erresumako jesuiten hiriburuetakoa bat bilakatu zen, eta gune estrategikoa izan zen Konpainiaren hedapen azkarrean. Ordena elijioso horren bost etxe eredu eraiki ziren Felipe IIaren Gortea izan zen hartan: profesioak etxea, Konpainiako eliteak prestatzeko; zentro akademikoa; Ingalaterrarako apaiz katolikoak prestatzeko ikastetxea; ferietako burgesiaren hezkuntza helburu zuen ikastetxea, eta nobizioena. Aro Modernoan Konpainia moldatzeko bost era.

Giltza-Hitzak: Jesusen Konpainia. Ikastetxeak. Hezkuntza. Kultura. Ordena erlijiosoak. Gaztela.

Depuis l'arrivée des jésuites dans la ville du Pisuerga en 1545, Valladolid est devenue l'une des capitales jésuitiques du royaume de Castille, et un point stratégique pour l'expansion rapide de la Compagnie. Dans ce qui fut la Cour de Felipe II, cinq modèles de maisons de cet ordre religieux se constituèrent: la maison professe pour la formation de l'élite de la Compagnie, le centre académique, le collège consacré à la formation des prêtres catholiques pour l'Angleterre, le collège pour la formation de la bourgeoisie des foires, les novices. Ces cinq maisons sont cinq façons de constituer une Compagnie dans les Temps Modernes.

Mots Clés: Compagnie de Jésus. Collèges. Education. Culture. Ordres religieux. Castille.

1. El presente artículo forma parte de las investigaciones que el autor del mismo está realizando para su Tesis Doctoral "El poder de la enseñanza y el sermón: la presencia de la Compañía de Jesús en el ámbito geográfico de Valladolid durante el Antiguo Régimen (1545-1767)", dirigida por el Dr. Teófanos Egidio López, dentro del Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y América de la Universidad de Valladolid.

* Univ. de Valladolid. Dpto. de Historia Moderna, Contemporánea y América. Prado de la Magdalena, s/ n. 47005 Valladolid.

1. LOS ATRACTIVOS DE VALLADOLID PARA LOS JESUITAS

Valladolid fue una de las primeras etapas de la expansión de la Compañía de Jesús en Castilla y Aragón. Quizás uno de los atractivos que ejerció sobre los primeros jesuitas fue la presencia, en sus contornos, de los órganos de poder de la Monarquía Hispánica. Sin embargo no podemos hablar, a mediados del siglo XVI, de la existencia de una capital política del reino. Más bien Valladolid podía ser considerada como sede preferencial de la Corte. Diferente fue la trayectoria que Felipe II inició con el traslado en 1559 a Toledo y dos años después a Madrid. Las ilusiones de los vallisoletanos se volvieron a renovar, cuando las maniobras políticas e inmobiliarias del Duque de Lerma, hicieron retornar a los monarcas, esta vez a Felipe III y a la reina Margarita de Austria, a la capital del Pisuerga.

Sin embargo la ciudad era sede de importantes instituciones en los siglos modernos. Aunque los reyes se trasladaban por las distintas capitales que configuraban la densa e interesante red urbana castellana del siglo XVI, los consejos se instalaron en Valladolid. La Real Audiencia y Chancillería encontró en la villa del Pisuerga su acomodo desde los tiempos de Juan II de Castilla. Y aquí continuó, con sus cuatro salas (alguna muy importante para la historia de las elites vascas, entonces vizcaínas), a pesar del nacimiento de su homónima de Granada y de la reducción de sus competencias de la cuenca del Tajo hasta el Cantábrico. Era Valladolid la villa de las diversas jurisdicciones, con sus respectivas cárceles. La Inquisición estableció aquí uno de los trece tribunales, con su pléyade de oficiales y familiares. Y hablamos de villa, pues el título de ciudad no le llegará hasta la concesión de Felipe II en enero de 1596, después de que en 1595 el papa Clemente VIII crease la diócesis de Valladolid, desgañándola de la de Palencia.

Valladolid se convirtió desde el siglo XIII en una destacada ciudad universitaria, y sobre todo desde la fundación de su Facultad de Teología en 1404. Salamanca la superaba en antigüedad. Era además Valladolid sede de uno de los seis colegios mayores de Castilla, el de Santa Cruz, fundado gracias a la iniciativa del cardenal Pedro González de Mendoza².

Ciudad levítica, con elevado porcentaje de población de clérigos regulares, monjes, frailes, sacerdotes o monjas. Considerar a Valladolid como una ciudad conventual puede ser una caracterización pero nunca una originalidad o peculiaridad de ésta. Muchas ciudades del reino de Castilla podían compartir con ella esta condición. Tampoco es menos cierto que la España de Felipe II y de su hijo, fue el periodo de mayor expansión y fundación de nuevos establecimientos conventuales. El mundo de las limosnas de los mendicantes o de los ministerios activos de nuevas religiones, como los jesuitas, estaba plenamente asegurado en ciudades y villas prósperas. El periodo de mayor esplendor cuantitativo de los regulares masculinos lo debemos encontrar en el siglo XVIII, evidentemente antes de la expulsión de la Compañía. Las religiosas habían experimentado una trayectoria descendente desde

2. BENNASSAR, Bartolomé: Valladolid en el Siglo de Oro. Valladolid, 1989.

tiempo atrás³. Sin embargo la ciudad levítica era también sacralización de sus calles, de su urbanismo, de los sonidos y la vista, de las percepciones y las personas, de las conductas e influencias. “El clero es el personaje colectivo más imprescindible e influyente de la vida corriente”, señala Teófanos Egido, y entre ellos el regular era el más activo, por los amplios recursos que poseía a su alcance, entre los que se encontraba la predicación y la enseñanza⁴. Por algo el viajero Barthémely Joly, en el siglo XVII, escribió sobre la consideración social de los regulares en esta Castilla... “en todo este país los frailes están en su elemento (...) se les llama padre, son honrados, respetados, bien vistos y recibidos por todos y en todos los lugares”.

Esta concentración de monasterios y conventos masculinos y femeninos, algunos con importantes Estudios para la formación de sus miembros (pensemos en los Colegios de San Gregorio de los dominicos o de San Gabriel para los agustinos), las numerosas parroquias, las iglesias penitenciales, oratorios o ermitas hacían pensar a los jesuitas que su entrada en Valladolid, o más prolongadamente su asentamiento continuado, se convertiría en un juego difícil de competencias. Sin embargo para iniciar su expansión por Castilla y Aragón, los jesuitas debían contar con el apoyo del entonces príncipe Felipe, pues su padre, el Emperador, se encontraba en una de sus prolongadas campañas europeas.

2. LOS COMIENZOS DE LOS JESUITAS EN LAS CALLES DE VALLADOLID

Los padres Antonio de Araoz y Pedro de Fabro, cuando divisaron las torres de las quince parroquias de Valladolid, en marzo de 1545, portaban las cartas recomendatorias del rey Juan III de Portugal, suegro del Príncipe. Entonces en Portugal los jesuitas habían encontrado un notable apoyo en la Monarquía y habían fundado destacados colegios como el de Coimbra. La muerte de María de Portugal, la primera esposa de Felipe, en los días del parto del cual nació el polémico príncipe don Carlos, provocó la salida del futuro Felipe II de Valladolid hacia Madrid en uno de los múltiples desplazamientos que realizaba la Corte desde los tiempos de la Castilla feudal, rodeados de sus hombres más inmediatos⁵. Y a este grupo se unió el padre

3. FERNÁNDEZ del HOYO, María Antonia: Patrimonio perdido. Conventos desaparecidos de Valladolid. Valladolid, 1998, págs 29-33.

4. EGIDO LÓPEZ, Teófanos. “La religiosidad colectiva de los vallisoletanos” en Varios Autores, Valladolid en el siglo XVIII, Historia de Valladolid V, Ateneo de Valladolid, 1984.

5. Para conocer las actividades de Antonio de Araoz y Pedro de Fabro en Valladolid consultar en Monumenta Historica Societatis Iesu (MHSD): Epistolae mixtae I, “Carta de Antonio de Araoz a Ignacio de Loyola”, Valladolid 25 marzo 1545, págs. 202-204; Epistolae mixtae I, “Carta de Antonio de Araoz a Ignacio de Loyola”, Valladolid 14 abril 1545, pág. 212; Epistolae mixtae I, “Carta de Antonio de Araoz a Ignacio de Loyola”, Valladolid 29 junio 1545, págs. 223-227; Epistolae mixtae I, “Carta de Antonio de Araoz a Bartolomé Ferrón”, Madrid 3 mayo 1546, pág. 271; Fabri Monumenta, “Carta de Pedro de Fabro a Ignacio de Loyola”, Valladolid 14 abril 1545, págs. 323-324; Fabri Monumenta, “Carta de Pedro de Fabro a Juan III, rey de Portugal”, Valladolid 13 julio 1545, págs. 334-336; Fabri Monumenta, “Carta de Pedro de Fabro a Simón Rodríguez”, Valladolid 11 septiembre 1545, pág. 365.

Pedro de Fábro, dejando en Valladolid a tres religiosos de la Compañía, para que fueran edificando una casa de jesuitas en una villa de tan interesantes y variadas ofertas.

La labor de estos religiosos, Fábro y Araoz, realizada en la villa del Pisuega durante estos meses de 1545, llegó, a pesar de aquellas distancias, a los oídos del entonces duque de Gandía, Francisco de Borja... “del fruto que se hacía en Valladolid den los ángeles gracias al Señor, y lo mesmo sea servido se haga en Madrid”⁶. Precisamente, en aquel mes de octubre de 1545, Fábro realizó en Valladolid un primer reparto de religiosos entre los establecimientos que habían sido fundados en estos territorios: Alcalá de Henares, Valencia, Barcelona o Gandía. Quedaban amparados en Valladolid estos tres jesuitas, por aquéllos que mucho les favorecían, entre los que se encontraban importantes nobles y algunos de los obispos que preferían los diversos bullicios de Valladolid, a las aburridas residencias en sus respectivas diócesis. Pensemos por ejemplo en Martínez Siliceo, entonces obispo de Cartagena, antes de ser arzobispo de Toledo, donde desencadenó una feroz persecución contra los jesuitas de su diócesis, en la que se incluía Alcalá. Silicio manifestaba una obsesiva preocupación por la limpieza de sangre⁷.

La Compañía de Jesús se iba extendiendo por Castilla a través de sus fundaciones. En 1547 nacía el Colegio de Salamanca. Después lo hacía Burgos, Medina del Campo, Ávila, Segovia o Palencia... Pronto Salamanca comenzó a rivalizar con Valladolid, sobre todo desde el punto de vista intelectual. En 1547, San Ignacio enviaba a Antonio de Araoz su patente como provincial de España, dividiendo en 1554 esta provincia en tres territorios: Castilla-Toledo, Bética y Aragón⁸. Tanto con una, como con la otra extensión, Valladolid se convirtió en residencia preferencial del provincial español o castellano después, a pesar de las habituales visitas que tenía obligación de efectuar a las distintas casas. Las cualidades sociales de su primer titular, Antonio de Araoz, con su peculiar don de gentes, encontraron en Valladolid muchos de estos atractivos y motivaciones, convirtiendo a la casa de San Antonio, el primer establecimiento de la Compañía en la villa, en una “chancillería” más que en un colegio, como le reprochaban sus adversarios (que les tenía) dentro de la orden.

Precisamente la Universidad, la Corte, la Chancillería, los nobles y las muchas aristócratas, ávidas de nuevas pero ortodoxas palabras desde los sermones, fueron la tabla de salvación para que en 1554 el visitador Jerónimo Nadal no cerrase este naciente Colegio. O más bien, las tablas de

6. MHSI, Borgia III, “Carta del Duque de Gandía a Pedro de Fábro”, Alfiap 15 septiembre 1545, pág. 9.

7. Fabri Monumenta, “Carta de Pedro de Fábro a Ignacio de Loyola”, Valladolid 22 septiembre 1545, págs. 367-368. Epistolae mixtae I, “Carta de Antonio de Araoz a Ignacio de Loyola”, Valladolid 25 marzo 1545, pág. 203.

8. MHSI, Monumenta Ignatiana I, “Carta de Ignacio de Loyola a Antonio de Araoz”, Roma 1 septiembre 1547, pág. 587

salvación fueron los efectos dinamizadores que concurrieron para la consolidación y crecimiento del mismo y con él de los jesuitas de Valladolid. Juana de Austria, la regente y hermana de Felipe II contribuyó en gran medida a ello. Francisco de Borja era el hombre de empuje, reclamado por algunos jesuitas para que la casa de Valladolid prosperase... “digo que ay allí (en Valladolid) gran necesidad de vn vallente predicador, para que publique que la Compañía está en aquel lugar, que yo pretendo que á mala pena lo saben los vezinos”, escribía en 1551 el padre Luis de Mendoza a Juan de Polanco, secretario de San Ignacio⁹. Obedecía a la necesidad de contar en la villa del Pisuerga con un buen predicador, un publicista, para que los trabajos, los ministerios de la Compañía, tuviesen la caja adecuada de resonancia en una población, la urbana de Valladolid, que reunía palabras y reclamos tan diversos, pero en el fondo, tan iguales, para ser escuchados.

Sin duda eran necesarios los efectos espectaculares en estas mentalidades que valoraban tanto lo extraordinario, sobrenatural y milagroso. Y un poco de todo esto había tenido “la conversión” de Francisco de Borja. Antes un cortesano, virrey de Cataluña, duque de Gandía, marqués de Llombay... y ahora miembro de una Compañía de Jesús naciente... el mundo no tenía oídos suficientes para escuchar tal estampido, dijo San Ignacio, cuando se enteró de la profesión del ilustre noble como jesuita. Quizás también estas palabras circularon por las mentes de tantos de sus iguales que vivían en Valladolid y que se agolparon en torno a la puerta del Colegio, para verle, tocarle y visitarle, cuando éste se acercó hasta la Corte, enviado por el propio San Ignacio. De nada sirvió el sigilo que se intentó mantener para reducir el eco en los primeros momentos de esta visita. Así lo escribía el rector de Valladolid, el padre Juan González, “visitaronle las cabeças del pueblo, eclesiásticas y seglares. A solo verle no nos podíamos defender de gentes en casa, de donde nuestra pobreçilla casa vino á ser vn gran palacio de señores y otras muchas personas”¹⁰. Todos estos nobles eran posibles y valiosos avales para la expansión de la Compañía... “a todos dexó edificados y aprouechados en sus almas y aficionandos a la Compañía de Jesús”, señala su biógrafo Juan Eusebio Nieremberg¹¹. “A todos dexa admirados su profunda humildad y el oluido que muestra tener de lo que fue y no se habla de otra cosa en esta Corte”, apuntaba su contemporáneo Bartolomé Bustamante¹².

9. MHSI, *Epistolae mixtae* II, “Carta de Luis de Mendoza a Juan de Polanco”, Segovia 25 julio 1551, pág. 572.

10. MHSI, *Epistolae mixtae* II, “Carta de Juan González a Ignacio de Loyola”, Valladolid 8 abril 1552, pág. 705.

11. “Todos quedauan admirados de sus sermones y más los que le auían conocido seglar y casado y gran señor y no sabían lo que auía estudiado. Muchos destos que le auían visto y tratado con diferente traje y estado, quedauan por una parte confusos y por otra como pasmados de tan grande mudança, viéndole en vn linage de vida tan pobre y humilde y así tan sumidos, ya anegados en el abismo de la vanidad ...” en NIEREMBERG, Juan Eusebio, *Ideas de virtud en algunos Claros varones de la Compañía de Jesús para los Religiosos della*, tomo I, Madrid 1643, pág. 279.

12. MHSI, *Litterae Quadrimestres* III, “Carta de Bartolomé Bustamante a Ignacio de Loyola”, Valladolid 16 junio 1554, pág. 24.

Pronto Francisco de Borja se ganó la confianza de Juana de Austria, una mujer tan inquieta intelectual como religiosamente. Borja se convirtió en el hombre fuerte de aquella Corte, logrando cambiar algunas de las costumbres, que parecían demasiado mundanas. Los jesuitas de Valladolid se vieron apoyados, incluso en la extensión física de su colegio, por la princesa regente y por aquéllos que la rodeaban (el partido ebolista según la tesis de Martínez Millán)¹³. Los ministerios pastorales crecían, se iniciaban las disciplinas intelectuales de Artes y Teología. Sin embargo hasta ese momento el Colegio de los Jesuitas de Medina del Campo había tenido mejores comienzos. Aunque Francisco de Borja no dejaba de pasar por Valladolid, viajaba de un colegio a otro, de un palacio a otro (pues las misiones diplomáticas también formaron parte de su equipaje) y Valladolid siempre aparecía en la ruta. Incluso, para algunos, fue un jesuita el que se encargó de destapar al grupo luterano del doctor Cazalla, convirtiéndose estos religiosos en fieles colaboradores de los inquisidores¹⁴. Colaboración, pero pronto rumores contra los propios jesuitas. Rumores que anunciaban detenciones, prisiones y juicios, palabras en contra, murmullos que querían confirmar el supuesto intento de escapatoria de Antonio de Araoz. Borja no salió precipitadamente en 1559 hacia Portugal desde Valladolid, pero sí había vivido aquí las jornadas previas y sobre todo la experiencia del Auto de Fe de mayo de 1559¹⁵.

Y para comprobar estos apuntes de los primeros años de la Compañía en Castilla, solamente tenemos que recurrir a las abundantes páginas de la magnífica colección de correspondencia, Monumenta Historica Societatis Iesu, y contaremos las cientos de cartas escritas o dirigidas desde Valladolid. Con la nueva división de provincias en 1562, con la creación específica de las de Castilla y Toledo, Valladolid se consolidaba como residencia preferencial del provincial. Y sobre todo se convirtió, gracias a los trabajos y a la formación de los jesuitas de los distintos colegios que en su contorno urbano y en las villas de su ámbito geográfico se establecieron, en

13. MARTÍNEZ MILLÁN, José: "Familia Real y grupos políticos: la Princesa doña Juana de Austria (1535-1573)" en *La Corte de Felipe II*, Madrid 1994, págs: 80-84. MHSI, *Litterae Quadrimestres III*, "Carta de Juan de Valderrábano a Ignacio de Loyola", Valladolid 1 septiembre 1554, pág. 118; *Epistolae mixtae IV*, "Carta de Bartolomé Bustamante a Ignacio de Loyola", Plasencia 6 noviembre 1554, pág. 436; *Epistolae mixtae IV*, "Carta de Bartolomé Bustamante a Ignacio de Loyola", Valladolid 29 abril 1555, pág. 618.

14. GONZÁLEZ NOVALÍN, José Luis: "Teresa de Jesús y el Luteranismo en España" en *Actas del Congreso Internacional Teresiano*, Salamanca 4-7 octubre 1982, Salamanca 1984, págs 351-387.

15. "Aunque no ha faltado quien ha echado fama en esta misma corte, y en Castilla (y assi será fácil cosa que se estiende por essas prouincias) que los theatinos (los jesuitas) eran causa de estos errores, y que á mi me auían prendido y que á otros hauían trahido maniatados, y que otro se ahorcó. En estas partes nos quemem..." en MHSI, *Borgia III*, "Carta de Francisco de Borja a Pedro de Ribadeneira", Valladolid, año 1557, pág. 323. GONZÁLEZ NOVALÍN, José Luis: "La Inquisición y la Compañía de Jesús", en *Anthológica Annua* 37, 1990, págs 11-56. DALMASES, Cándido SI: "San Francisco de Borja y la Inquisición Española, 1559-1561" en *Archivum Historicum Societatis Iesu (AHSI)* 1972 (XLI), Roma 1972.

una red muy tupida de circulación de los religiosos de la Compañía de Jesús, a través de cinco modelos, que a continuación vamos a analizar brevemente y que nos permite definirla como “una capital jesuítica de la Castilla moderna”.

3. TRES MODELOS: SAN ANTONIO, SAN AMBROSIO, SAN ALBANO

Ya hemos indicado anteriormente que el Colegio de San Antonio, la primera casa de los jesuitas en Valladolid, nació con pasos difíciles y tortuosos, encontrando en aquellos tres jesuitas que el padre Fábro dejó en 1546 a sus primeros moradores e impulsores. San Antonio era un David frente a los diversos Goliath de las órdenes mendicantes. Un Valladolid de cerca de cuarenta mil habitantes que poseía variedad de ofertas en el terreno de las mentalidades sacras. Pero a través del sermón, de esos predicadores que reclamaban tempranamente a San Ignacio, y desde el sacramento de la penitencia, los jesuitas de San Antonio consolidaron su presencia, y lo que era más importante, su fama. A la anterior reclamación se sucedieron otras a Roma. Necesitaban más obreros en la viña, pues la mies era mucha y los obreros pocos. Eran las palabras evangélicas que continuamente repetían a San Ignacio, reclamando esos recursos humanos con los que ni siquiera el Prepósito General contaba. Sin embargo de Valladolid y de Medina del Campo, empezaban a salir recursos económicos para la fundación y crecimiento del importante Colegio Romano. Una actitud que enfrentó y nunca comprendió Antonio de Aroz, frente a Francisco de Borja, pues si no existían reales suficientes para poner en marcha los colegios de Castilla, tampoco debían existir para ser destinados a otros establecimientos, aunque éstos se encontrasen en Roma¹⁶.

La II Congregación de 1566, aquella que eligió a Francisco de Borja como General de los jesuitas, cambió el rumbo de este Colegio de San Antonio. Fue entonces cuando los Padres establecieron que en cada provincia de la Compañía debía existir una Casa, que sin una renta fija, y viviendo únicamente de limosnas, fuese morada de aquella elite dentro de la Compañía de los muchos grados que eran los profesos. No todos los jesuitas eran iguales en la responsabilidad. Existían diversos grados de compromiso dentro de ella, diversas vocaciones y caminos, que atendían a las diferentes necesidades de la Iglesia.

Tras los novicios y los estudiantes, encontramos a los coadjutores temporales dedicados a las labores domésticas de las casas. Subiendo en la pirámide les seguían los coadjutores espirituales que ya tenían la ordenación sacerdotal. Eran una fuerza auxiliar en el desarrollo de los abundantes

16. MHSI, Borgia III, “Carta de Francisco de Borja a Ignacio de Loyola”, Simancas 12 julio 1555, pág. 218; Laínez III, “Carta de Antonio de Aroz a Diego de Laínez”, año 1558, págs. 483-485; Laínez V, “Carta de Antonio de Aroz a Diego de Laínez”, Roma 13 agosto 1560, pág. 180.

ministerios pastorales. En la cúspide los profesos, un grupo reducido primero según las directrices de Loyola, y después mucho más numeroso, del que salían los rectores de los Colegios y sus cargos auxiliares, los provinciales, los asistentes, el Prepósito General naturalmente... en definitiva la elite intelectual y de gobierno de la Compañía de Jesús en todo el mundo, los miembros más ilustres de la misma salvo algunas excepciones. Para alcanzar este grado era necesario vivir de acuerdo con el ideal ignaciano puro y éste pretendía ponerse en marcha en estas Casas, domicilios que no tenían la seguridad vital de aquellas rentas, sobre las cuales se encontraban fundadas los colegios. Ésta de Valladolid sobrevivió desde 1566 hasta el primer tercio del siglo XVII, y en general fueron desapareciendo todas aquéllas que habían sido fundadas en otras provincias como las de Toledo o Valencia.

Cuando en 1566 se estableció la Casa Profesa en Valladolid, el Colegio se trasladó a otra residencia. ¿Fue un traslado o una fundación diferente? Lo cierto es que tenía un nuevo nombre, el Colegio de San Ambrosio, nacido mucho más próximo en lo físico e intelectual a la Universidad de Valladolid. Era sin duda una premonición, pues pronto San Ambrosio fue el poder académico de la Compañía de Jesús en Valladolid.

En los años setenta de este siglo XVI, los jesuitas empezaron a negociar con los catedráticos de la Universidad la posible cesión de los estudios de gramática latina, los secundarios en aquellas centurias. Y así lo consiguieron. La Universidad no reunía los maestros adecuados y cualificados para confiarles estos estudios. Disciplina que los doctores no quisieron nunca dejar de controlar. Las cesiones fueron sucesivas, o mejor renovadas, cada tres, cuatro o cinco años en las décadas de los setenta, ochenta y noventa. Sin embargo en 1591 los jesuitas no quisieron sujetarse a las disposiciones, al control, a las visitas, a los manuales que la Universidad quería fijar para las clases de gramática de San Ambrosio. Y aunque, aparentemente no llegaron a un acuerdo con el Claustro de la Universidad en una cesión que tantas ventajas les reportaba¹⁷, los jesuitas sabían que los doctores iban a volver a recurrir a ellos. Los catedráticos de latinidad se caracterizaban por la movilidad en sus enseñanzas, en sus conocimientos y en sus intenciones. La Compañía no sólo quería recuperar la gramática latina, sino que desde estos estudios intermedios pretendía escalar hasta los superiores de Artes y Teología, a través de ofrecimientos posteriores. Pero cada "órdago" que los jesuitas presentaban ante los doctores, era respondido por los dominicos del convento de San Pablo, vigilantes ante un aumento del poder universitario de la Compañía. Finalmente la gramática universitaria regresó a mediados del siglo XVII a San Ambrosio y habrá que esperar al siglo XVIII para encontrar en la Facultad de Teología de la Universidad una cátedra de propiedad de la Compañía. Allí sería explicada la madre de las ciencias,

17. Para conocer la fundación del Colegio de San Ambrosio, consultar FERNÁNDEZ MARTÍN, Luis SI: "Raíces loyoleas del Colegio de San Ambrosio de Valladolid", en Nueva Miscelánea Vallisoletana, Valladolid 1998, págs 17-52.

desde el prisma exclusivo de los autores jesuíticos. La mayoría de sus cate-dráticos procedían del colegio de San Ambrosio de Valladolid¹⁸.

Por eso no fue extraño que por este colegio, que progresivamente se iba ampliando, pasasen figuras tan destacadas de la historia teológica como Francisco Suárez, Lector de Teología entre 1576 y 1580, explicando la primera parte de la “Summa Theologica”. Hombres de la ascética como Luis de La Puente; cuasiministros de la Monarquía de los Borbones como lo fue el padre Rávago, confesor del rey Fernando VI hasta 1755 o misioneros populares tan importantes como Pedro de Calatayud, que recorrió España y Portugal de arriba abajo con su palabra impactante, aunque de algunos sitios salió velozmente creando polémica y escándalo (por ejemplo de Bilbao)¹⁹.

Fue también San Ambrosio un centro de devociones para la Compañía de Jesús, pues en ese mundo de la divinidad como habitante cotidiano de la realidad, situaron en la iglesia de este Colegio, la aparición del Sagrado Corazón de Jesús al Padre jesuita Bernardo de Hoyos. Hoyos se convirtió en el predicador público de esta devoción del Corazón de Jesús, importada desde Francia, gracias al conocimiento de la obra del jesuita José de Gallifet, “De cultu SS. Cordis Iesu”. No fue Hoyos el único, pues esta devoción fue propagada en España por los libros del padre Juan de Loyola y difundida a través de las misiones populares, las congregaciones y las páginas que salieron de las imprentas de los Colegios, algunas instaladas en Valladolid, como veremos seguidamente²⁰.

Todavía antes de abandonar definitivamente el siglo XVI y los tres modelos de colegios que se instalaron en Valladolid tenemos que hablar del último de éstos: la fundación del Colegio de San Albano de los ingleses²¹.

18. BURRIEZA SÁNCHEZ, Javier: “Los jesuitas, maestros de gramática en la Universidad de Valladolid durante los siglos XVI y XVII. Los jesuitas y la Universidad de Valladolid”, en Congreso Internacional Jesuitas 400 años en Córdoba (Argentina), septiembre 1999. Rosario-Argentina 1999, págs 421-443. TORREMOCHA HERNÁNDEZ, Margarita: “Presencia jesuítica en la Universidad de Valladolid (siglo XVIII)” en Actas del Congreso Internacional Jesuitas 400 años en Córdoba, Rosario-Argentina 1999, págs 421-443.

19. BURRIEZA SÁNCHEZ, Javier: “Ciudades, misiones y misioneros jesuitas en la España del siglo XVIII”, en Investigaciones Históricas 18, Universidad de Valladolid, 1998, págs 75-109. TELLECHEA IDÍGORAS, José Ignacio: “El incidente del jesuita Padre Calatayud en Bilbao (1766) “Materia arcana de Estado”, en Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, 1994, San Sebastián, págs 305-359.

20. LOYOLA, Juan de SÍ: El Corazón Sagrado de Jesús, descubierto a nuestra España en la breve noticia de su dulcísimo culto: propagado ya en varias Provincias de el Orbe Cristiano. Su autor el Padre Juan de Loyola de la Compañía de Jesús, Maestro de Sagrada Teología y al presente Instructor de los Padres de la Tercera Probación de la Provincia de Castilla, séptima impresión. Valladolid 1737. URIARTE, José Eugenio de SÍ: Principios del reinado del Corazón de Jesús en España, Madrid 1880. Id: Vida del padre Bernardo Francisco de Hoyos, Bilbao 1888. MESTIRE, Antonio: “Religión y cultura en el siglo XVIII español”, en Historia de la Iglesia en España IV, Madrid 1979, págs. 667-671.

21. WILLIAMS, Michael: St Albans's College Valladolid, Four centuries of English Catholic Presence in Spain, Valladolid 1986. BURRIEZA SÁNCHEZ, Javier: Una Isla de Inglaterra en Castilla, Catálogo de la Exposición celebrada en el Real Colegio de los Ingleses de Valladolid, entre el 1 y el 10 de diciembre de 2000. Palencia, 2000.

Recordemos como desde la muerte de la reina María Tudor, se había vuelto a restaurar el anglicanismo en Inglaterra de la mano de Isabel I, la gran antagonista religiosa y política de Felipe II. Los católicos volvieron a las catacumbas, pues fueron duramente perseguidos, como antes lo habían sido los anglicanos de la mano de María Tudor, lo que le valió el título de la “sanguinaria”. Así, los Colegios de Ingleses (como después los de Irlandeses y Escoceses, algunos dirigidos por los jesuitas) fueron producto de la ausencia de la tolerancia y la libertad religiosa, desconocida en el siglo XVI en la Europa católica, anglicana y protestante. No existía posibilidad de formar en Inglaterra a sacerdotes católicos. Ésta fue la función primordial que iban a cumplir los Colegios de Ingleses. ¿Cuáles serían los lugares idóneos para fundar estos Seminarios? Preferidos eran aquéllos integrados en la Monarquía de Felipe II.

La educación de los futuros sacerdotes ingleses en la Europa católica se integraba dentro de la llamada Misión de Inglaterra. Eran las décadas de consolidación de la Compañía de Jesús, nacida con el objetivo de conservación de la fe católica. Los jesuitas conocían los peligros de las tierras de Misión. San Ignacio ya había fundado por ejemplo en Roma un Colegio Germano para formar sacerdotes alemanes, ante la imposibilidad de hacerlo en los principados luteranos. Así la situación fue transportable a los seminaristas ingleses fuera de Inglaterra. El adentrarse en reinos, donde la fe católica había sido desplazada era un estadio más de la ofensiva de los jesuitas. La Compañía de Jesús asumió muy bien la fundación y gobierno de algunos de estos Colegios de Ingleses, entre otras cosas por el espíritu contrareformista que presidía la orden. Por algo el Padre Pedro de Ribadeneira definió en su libro, “Historia del Cisma de Inglaterra”, a estos colegios como “castillos roqueros que han dado la vida y salud a los católicos existentes en Inglaterra”.

Tras la derrota de la “Invencible” (1588), elites católicas inglesas consideraron necesario un impulso nuevo hacia la formación de los clérigos de su reino. Los ya existentes en tierras europeas (Douai, Rheims o Roma) se encontraban en crisis. La clave para todo ello fue el jesuita inglés Robert Persons. Inicialmente este religioso no llegaba a España con la intención de fundar seminarios. Sin embargo en ciudades como la del Pisuerga ya se encontraban grupos de estudiantes ingleses e irlandeses católicos, que habían solicitado ayuda al poder municipal e incluso algunos se encontraban bajo la dirección del profesor jesuita Antonio de Padilla. Después de levantar algunas suspicacias y sospechas, Persons transformó estos grupos de estudiantes en seminaristas con fines perfectamente definidos, con el apoyo de la Monarquía católica hispana de Felipe II. Después llegó la ratificación pontificia de Clemente VIII en 1592 para el nuevo Colegio de San Albano de los Ingleses. Valladolid fue la semilla de las futuras fundaciones de casas desde el establecimiento de ésta en su antigua calle de Real de Burgos. Primero fue el Colegio de San Gregorio de Sevilla (en 1594). Después el de San Jorge de Madrid. Valladolid y Sevilla, precisamente las ciudades de los Autos de 1559, fueron las primeras elegidas para su establecimiento. Por algo había exclamado el padre Persons en 1594, “la colmena está llena:

hay que sacar de ella nuevos enjambres”. Así la capacidad organizativa de este religioso le permitió crear toda una infraestructura de formación de sacerdotes católicos en esta Monarquía, que superaba lo iniciado antes de la derrota de la “Gran Armada” de 1588.

Los jesuitas que gobernaban San Albano desde Valladolid se convirtieron en un elemento más de las difíciles relaciones entre Felipe II e Isabel de Inglaterra. Los sacerdotes que llegaban formados desde esta ciudad castellana no era bien recibidos por los anglicanos. La Reina veía en ellos a los rebeldes políticos que se debían combatir. Los católicos, sin embargo, los contemplaban y tras su ejecución los consideraban como mártires. El Colegio de San Albano tuvo un interés estratégico para la Monarquía hasta que las relaciones entre España e Inglaterra empezaron a cambiar, en el cambio político internacional que conocemos como la Pax Hispanica. Tras la muerte de la reina Isabel en 1603, el ascenso al trono inglés de Jacobo I Estuardo y con el duque de Lerma controlando la política española, se firmaba un tratado de paz entre ambas potencias. De ahí que Felipe III, monarca que había visitado como su padre el Colegio de San Albano, no mostrase el mismo interés estratégico sobre esta casa. A este cambio de actitud se unieron los problemas con los propios católicos ingleses o los conflictos de dirección de la Compañía de Jesús. Dentro de Inglaterra creció el grupo de católicos que criticaba con mayor vehemencia la existencia de estos Seminarios en Castilla, germen de discordias entre los ingleses, ya fuesen católicos o anglicanos. San Albano de Valladolid fue tema recurrente en la correspondencia diplomática. Diego de Sarmiento, el conde de Gondomar, embajador de Felipe III ante Jacobo I, escribía al Duque de Lerma que seminarios como los de Valladolid y Sevilla eran “utilísimos” y dignos de ser considerados entre los menesterosos religiosa y políticamente.

Dos elementos más para este Colegio de Ingleses dirigido en Valladolid por los jesuitas: los alumnos y el mundo de devociones. Seminaristas, muchos de ellos pertenecientes a familias inglesas católicas acomodadas (sobre todo en las primeras décadas del Colegio), que pronunciaban el juramento de fidelidad con el cual se comprometían a volver a su reino natal para devolver Inglaterra a la obediencia a Roma. Ordenados como sacerdotes, algunos ingresaban en congregaciones religiosas. Decisión siempre polémica, pues los jesuitas eran acusados (entre otras cosas) de proselitismo para convertir en religiosos de la Compañía a algunos de estos seminaristas. De ahí al desembarco en Inglaterra, la vida en clandestinidad, las prisiones y en casos extremos el martirio. Los católicos ingleses, sobre todo a partir de los siglos XVII y XVIII, acusaron a los jesuitas de no ser los preparadores adecuados para la formación de sus sacerdotes. Una polémica que se apreció en los años de la expulsión de los jesuitas.

En segundo lugar las devociones: El Colegio de los Ingleses se puso bajo la advocación del primer mártir de los ingleses, San Albano, uno de aquellos legionarios del siglo III-IV portadores de las nuevas ideas (las religiosas) del entonces Imperio Romano. Un santo sin mucho atractivo en España. Pero en 1600 apareció una nueva devoción. La flota inglesa había

atacado Cádiz en 1596. Una pequeña imagen de una Virgen con el Niño, que recibía culto en su Catedral, se convirtió en el símbolo de una guerra, que ya tenía proporciones religiosas. La imagen fue mutilada y maltratada por las tropas asaltantes que saquearon la ciudad andaluza. Los seminaristas ingleses que estudiaban en Valladolid, dirigidos por los jesuitas, reclamaron esta imagen para su Colegio, con el objeto de reparar espiritualmente las heridas de una Virgen destrozada por sus compatriotas anglicanos. Cuando llegó a esta ciudad en 1600 ella sí que se convirtió en el atractivo devocional de este Seminario. El primer obispo de Valladolid la denominó la “Vulnerata”, la Vulnerada e Injuriada. Inmediatamente se convirtió en una Virgen “milagrera”, pues aquellos prodigios eran necesarios e indispensables en una sociedad sacralizada.

4. LOS CAMBIOS DEL SIGLO XVII: CASA PROFESA Y COLEGIO

A finales del siglo XVI se encontraban en Valladolid fundados tres colegios de la Compañía, o al menos dirigidos por jesuitas: la Casa Profesa, San Ambrosio y San Albano. Pero aproximadamente en 1626, la Casa Profesa tuvo que ser cerrada a tal dedicación, aunque el domicilio de la Compañía no se clausuró, pues en ella se estableció el Colegio de San Ignacio. Se consagraba así a la devoción del fundador, una vez que éste fue canonizado en 1622. La fundación se encontraba convenientemente asegurada, a través del testamento de Magdalena de Borja Oñaz y Loyola, condesa de Fuensaldaña, que convirtió a los jesuitas en sus herederos. Sin embargo San Ignacio nunca tuvo la calidad académica de San Ambrosio. Fue, sin embargo la imagen plástica y la voz predicada de la Compañía en Valladolid. En su iglesia coincidieron importantes artistas y sobre todo el más grande de los escultores de la escuela castellana del siglo XVII. Nos estamos refiriendo a Gregorio Fernández. En este Colegio de San Ignacio se rindió culto a una de las primeras imágenes del fundador de los jesuitas en España. Y Gregorio Fernández no trabajó con su gubia de memoria sobre la madera, sino que lo hizo sobre los rasgos del más personal Ignacio de Loyola, pues contaba con su mascarilla funeraria²². Por eso no fue extraño que Valladolid se uniese a las grandes fiestas de beatificación y canonización que jalonaaron la geografía española en 1610 y 1622 respectivamente, honrando a Ignacio de Loyola y a Francisco Javier. Eran los nuevos santos del Barroco donde la Monarquía Hispánica ganó por goleada a otros estados católicos.

Y también en San Ignacio, pero ya en el siglo XVIII, se estableció una de las dos imprentas de la Compañía en este ámbito geográfico (la otra la encontramos en Villagarcía). Se trataba de la de la Congregación de la

22. HORNEDO, Rafael María de: “Tallas ignacianas de Gregorio Fernández y sus imitadores” en *Razón y Fe*, 696-697, 1956, págs. 326-327. URREA FERNÁNDEZ, Jesús: “Acotaciones a Gregorio Fernández y su entorno artístico” en *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología (BSAA)*, 1980, págs. 376-378. Id, *Catálogo de la Exposición Gregorio Fernández 1576-1636*, Madrid 1999, pág. 112. MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José: *El escultor Gregorio Fernández*, Madrid 1980, pág 257.

Buena Muerte, cuya sede estaba instalada en este Colegio²³. Y es que los establecimientos de los jesuitas eran, como hemos visto con el Sagrado Corazón, foco de irradiación de devociones, potenciadas a través de Congregaciones y otras fiestas sagradas y litúrgicas, algunas instituidas por las últimas voluntades de las ilustres clientelas de los jesuitas. San Ignacio era sede de importantes predicadores y confesores, que contaron entre sus consolados e hijas espirituales a lo más destacado social y espiritualmente de Valladolid²⁴. Y también San Ignacio, desde una cotidianidad semicientífica, albergó la tercera botica en importancia de la ciudad de Valladolid, después de la benedictina de San Benito o la de los dominicos de San Pablo. Así las boticas monacales aglutinaban la mayoría de la producción farmacéutica de la ciudad.

5. EL ÁMBITO GEOGRÁFICO DEL VALLADOLID DE LOS JESUITAS: MEDINA DEL CAMPO Y VILLAGARCÍA

Sin duda alguna hablar de los jesuitas en Valladolid y olvidar su ámbito geográfico, significaría dejar mutilado nuestro análisis. Sobre todo cuando Medina del Campo fue otra de las etapas primigenias de la expansión de la Compañía de Jesús en Castilla. Desde el punto de vista económico y mercantil, Medina era un núcleo de importancia no sólo nacional sino internacional, conectado con toda Europa²⁵. Sus correos eran vehículo de transmisión de las más diversas noticias y no únicamente comerciales. Por ejemplo los jesuitas de Medina tuvieron conocimiento de la muerte del General Diego de Laínez gracias a las cartas de los mercaderes que iban y venían por Europa²⁶. Fue precisamente Rodrigo de Dueñas, un hombre rico, miembro del Consejo de Hacienda, el que promovió la llegada de los hijos de San Ignacio a Medina y su asentamiento, aunque Dueñas prefería que los jesuitas se dedicasen a labores apostólicas en la predicación y la confesión, antes que establecer un colegio con importantes disciplinas²⁷. La Compañía unió ambos empeños, y aunque en ocasiones reclamaba un predicador adecuado, las artes, el latín y su gramática comenzaron a florecer en maestros tan reputados como el padre Juan Bonifacio, un profesor que desde las aulas abogaba por la “pedagogía del amor”, recordando seguramente aquel

23. PALOMARES IBÁÑEZ, Jesús María: *Imprenta e impresores de Valladolid en el siglo XVIII*, Valladolid 1974.

24. FERNÁNDEZ del HOYO, María Antonia: “Marina de Escobar”, en *Vallisoletanos*, Valladolid 1984. LA PUENIE, Luis de SI: *Vida maravillosa de la Venerable Virgen Doña Marina de Escobar*, Madrid 1685.

25. MARCOS MARTÍN, Alberto: *Auge y declive de un núcleo mercantil y financiero de Castilla la Vieja. Evolución demográfica de Medina del Campo durante los siglos XVI y XVII*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1978.

26. MHSI, Borgia IV, “Carta de Antonio de Araoz a Francisco de Borja”, Salamanca marzo 1565, pág. 3.

27. FERNÁNDEZ MARTÍN, Luis SI: “El Colegio de los jesuitas en Medina del Campo en tiempo de Juan de Yepes” en *Nueva Miscelánea Vallisoletana*, Valladolid 1998, págs 295-315.

pensamiento del humanista Lorenzo Palmireno: “pues enseñamos letras humanas, no seamos inhumanos en repartirlas”²⁸.

La palabra competente de los jesuitas en Medina no se olvidó nunca del carácter que poseía la villa donde se asentó y consolidó el colegio de San Pedro y San Pablo, gracias a los empeños de otro mercader, Pedro Cuadrado y de su mujer Francisca Manjón. Contemplaron los tratos y los cambios, los dineros de distintas procedencias que circulaban de mano en mano, los negocios que se realizaban, no siempre considerados lícitos desde el código moral que los jesuitas podían portar consigo. Por eso la Compañía organizaba en el patio del colegio algunas pláticas, cuyos destinatarios eran los mercaderes, los comerciantes de aquella Medina que se reunía en su Plaza Mayor a negociar. No es raro, entre estos atractivos, que los comienzos de Medina, por lo menos académicamente, fuesen más brillantes que los de San Antonio de Valladolid. Una importancia que se vio incrementada por la riqueza espiritual de la vida del noviciado de Castilla, establecido en este Colegio desde 1562 con el magisterio del padre Baltasar Álvarez²⁹, hasta que en 1577 se trasladó a Villagarcía.

Antonio Ponz, viajero que tanto conoció los Colegios que habían pertenecido a la extinta Compañía de Jesús, se admiraba (y así lo plasmaba en su “Viage de España” de 1787) de la Casa noviciado, Estudio de Latinidad, librería e imprenta, sin olvidar su iglesia “grande y espaciosa”, que los jesuitas habían poseído en un “considerable pueblo y nombrado de Tierra de Campos”, llamado Villagarcía. Hasta allí no solamente acudían religiosos para iniciar sus primeros pasos como futuros padres y hermanos de la Compañía, sino que también llegaban jóvenes seglares, estudiantes de los más variados puntos de Castilla, Asturias o Galicia.

Al igual que el Colegio de los jesuitas se convirtió para los habitantes de Villagarcía en todo un baluarte, un elemento indispensable para su vida; fue igualmente una pieza fundamental en el tablero de los jesuitas castellanos, y más concretamente en este ámbito vallisoletano de la Compañía que venimos analizando.

En primer lugar los Estudios de Villagarcía, con independencia a sus funciones de probación y noviciado, se constituyeron en un modelo primero y punto de renovación después, de la enseñanza del latín, para otros Colegios de los jesuitas (“uno de los más florecientes de toda la Compañía”, según le definía Francisco Juárez en 1698). Prestigio por el número de sus alumnos, por el método que se seguía en las enseñanzas, fama en las regiones más cercanas, aunque también en otras más aleja-

28. OLMEDO, Félix G: Juan Bonifacio (1538-1606) y la cultura literaria del Siglo de Oro, 1938. BURRIEZA SÁNCHEZ, Javier: “Los jesuitas, maestros de gramática en la Universidad de Valladolid durante los siglos XVI y XVII..”, ob cit, tomo II, págs. 31-61.

29. LA PUENIE, Luis de SI: Vida del Venerable Padre Baltasar Álvarez de la Compañía de Jesús. Madrid, 1880.

das. Estudiar latín en Villagarcía era una buena tarjeta de presentación para los ascensos futuros. Todo ello lo destacaban las Cartas Anuas que eran enviadas a Roma en el siglo XVIII.

Se hacía eco el padre Francisco Miranda, catedrático de prima de la Universidad de Salamanca, del prestigio de los profesores de Villagarcía (“de todos los consumados maestros de latinidad y letras humanas que ha tenido siempre el Colegio de la Compañía de Jesús de Villagarcía”)³⁰. Un prestigio que empezó a decaer en el siglo XVIII cuando el padre Francisco de Rávago, entonces provincial de Castilla y después confesor real de Fernando VI, encomendaba a los maestros de Villagarcía la recuperación del esplendor primitivo. Eran palabras semejantes a las que pronunciaron los comisionados de las temporalidades, una vez expulsados los jesuitas (“deseo mucho que recobren los Estudios de gramática el crédito en que les pusieron nuestros mayores”)³¹. Sin embargo cuando se promulgó el decreto de expulsión de abril de 1767, los Estudios de Latinidad habían alcanzado un punto importante de renovación. Eran días en los cuales los Colegios de la Compañía, especialmente de esta provincia de Castilla, seguían el ejemplo de Villagarcía.

El punto de arranque de esta fundación fue el testamento de Luis de Quijada, hombre de confianza del emperador Carlos V y mucho más de su “sobrino” e hijo adoptivo, Juan de Austria, el héroe de Lepanto. El Señor de Villagarcía formuló su deseo de edificar una capilla en la iglesia parroquial de San Pedro de esta localidad, con el objeto de albergar su enterramiento, atendida por un número determinado de capellanes. En los codicilos que se redactaron en los días siguientes se otorgaba amplias facultades a su esposa Magdalena de Ulloa para modificar el proyecto original si fuese necesario, con la única condición de llevarlo a efecto. Su viuda se encontró un gran número de dificultades para llevar a efecto la voluntad de su esposo, por lo problemático que era ampliar la parroquia de Villagarcía. Por lo cual le pareció más conveniente erigir un nuevo templo donde ubicar el sepulcro de su esposo y consagrarlo precisamente a San Luis, como su santo patrono. Una posibilidad que Luis de Quijada, la de una fundación “ex novo”, no había dejado de considerar.

Magdalena de Ulloa consultó a una serie de especialistas para llevar a cabo este nuevo proyecto, aunque con muchas vicisitudes contó con la oposición de los testamentarios de su marido, llegando este asunto hasta el Consejo de Castilla. Pronto los jesuitas aparecieron como piedra angular de las intenciones de Magdalena de Ulloa, gracias a las recomendaciones efectuadas por el citado padre Baltasar Álvarez, con el cual mantenía Ulloa una relación estrecha. Con el tiempo el Colegio de San Luis de Villagarcía, una fundación para la Compañía de Jesús, se convirtió en la “obra más principal

30. *Thesaurus hispano-latinus utriusque linguae...*, Villagarsiae 1763, con la aprobación del padre Francisco Miranda, 20 marzo 1729.

31. *Libro de las ordenaciones...*, Visita del padre Francisco de Rávago, 1739.

y más querida de cuantas hizo” esta noble señora, la “Limosnera de Dios”, como la calificaron Luis de La Puente y sobre todo Juan de Villafañe, en la “Vida” que publicó de ella en 1723. Pensemos que Magdalena de Ulloa fundó otros dos colegios de la Compañía (en Oviedo y Santander), un Hospital en Villagarcía, impulsó la Casa de las Arrepentidas de Valladolid, rescató cautivos de Argel con la palabra de los jesuitas y el dinero con el que dotó a huérfanas para el matrimonio.

Villagarcía, como hemos visto, nació con distintas finalidades. La primera, la académica, la venimos glosando. Una escuela para enseñar a leer y escribir a los niños de la comarca y tierras del Señor de Villagarcía. Con este trabajo supieron ganarse muchos apoyos cotidianos entre los habitantes. Después con los Estudios de Latinidad, los estudios secundarios (como dijimos cuando hablamos de la enseñanza del latín en Valladolid) de la época moderna. Los alumnos fueron aumentando, como también lo hicieron sus procedencias. El Colegio no tenía la suficiente infraestructura para acogerlos a todos. Por eso los alojamientos se extendieron por todo el pueblo, pues en muchas casas de la villa se alojaban entre siete y diez jóvenes. Eran las posadas. Vivir fuera del Colegio no significaba un régimen abierto en las costumbres. Para eso existía el padre Prefecto, vigilante en todo, pendiente de que las amas de las casas cumplieren con sus obligaciones en las posadas. No eran todas de la misma categoría. Tampoco los precios eran iguales, pues los alumnos eran de diversas procedencias sociales.

Había familias acomodadas que hacían acompañar a su hijo de un criado o ayo. Pero la mayoría de los alumnos contaban con los “pauperes” o pobres, estudiantes pobres mantenidos por otros más acomodados. Este “pauper” cumplía con una serie de obligaciones materiales: “cada estudiante da al pauper de su posada medio pan y un pedazo pequeño de tocino o un torezno a la semana. Todos los días se le da de su plato una tajada de carne; y sin más salario tienen en él un criado para todo”. Sin embargo también los “pauperes” avisaban al Padre Prefecto sobre la existencia de cualquier incidencia, desorden o falta en la posada, cometida por los estudiantes. No dejaba de ser, como señalaba la “Breve noticia de los Estudios,” un servidor, pero también un “fiscal”³². Sin embargo con los “pauperes” se comía el peligro de que se cultivasen los parásitos. Contra ellos advertía el visitador Juan Antonio Beaumont en 1709. Todos aquéllos que en lugar de buscar ser buenos gramáticos, ansiaban el comer y sobrevivir a costa de los otros, debían ser inmediatamente despedidos de los Estudios³³.

32. El número de pauperes fue directamente proporcional al esplendor alcanzado por estos Estudios de Latinidad. Cuando mil eran los gramáticos, los estudiantes pobres podían alcanzar los ciento cincuenta. Los más ricos podían mantener uno cada uno, pero habitualmente entre ocho o diez estudiantes mantenían a un “pauper” en cada una de las posadas. Cfr. PÉREZ PICÓN, Conrado, *SI: Un Colegio Ejemplar de Letras Humanas; Villagarcía de Campo, Estudio histórico-artístico*.

33. Libro de ordenaciones y memoriales de los Padres Provinciales en sus Visitas a la casa de Villagarcía, cit en PÉREZ PICÓN, Conrado, *SI: Un Colegio ejemplar...*, p. 13.

Los grados en el aprendizaje del latín, la enseñanza de la lengua griega, la distribución del tiempo, el estudio privado, el toque de la campana y el reloj, los tiempos de vacación, los exámenes particulares y generales, las representaciones teatrales y funciones públicas, los libros de texto, la fundación de una imprenta en el propio Colegio para dotar a profesores y alumnos de textos y ediciones adecuadas, muy cuidadas por profesores tan destacados como los padres Juan Andrés Navarrete, José Petisco, Ramón Aguirre, José Francisco de Isla o el gran Javier de Idiáquez (renovador de estos estudios en el siglo XVIII). Cada uno de éstos podían ser algunos de los aspectos necesarios que tendríamos que tratar en un análisis minucioso y detenido de este Colegio de San Luis de Villagarcía.

Pero quizás nos quedamos con el último de estos aspectos, la llegada de la hora de la renovación para la enseñanza del latín, ejemplarmente desarrollada e iniciada en Villagarcía de Campos, a pocas leguas de esta capital jesuítica que fue Valladolid. Que la Compañía de Jesús recibió críticas sobre su metodología en las lenguas clásicas no resulta original afirmarlo. Críticas al protagonismo de la memoria por ejemplo. Algunos autores cifraban en la infracción de las reglas gramaticales que los alumnos tenían que asimilar, la causa de esta decadencia. Sin embargo dentro de la propia Compañía no se quedaron con los brazos cruzados. Surgieron voces de renovación.

Una de estas ellas fue la del jesuita francés José Jouvancy (o Juvencio), con su célebre título “De ratione discendi et docendi” (“Del modo de aprender y de enseñar”). Este libro, en el cual detallaba una serie de medidas para el adecuado estudio del latín y del griego, fue muy bien recibido en España. Fue Villagarcía uno de los principales centros receptores, desde las inquietudes intelectuales y docentes del padre Francisco Javier Idiáquez. Una acogida que fue asimilada y reflexionada en las páginas que salieron de la pluma de este jesuita, “Prácticas e industrias para promover las Letras Humanas”, publicado por vez primera en Valladolid en 1753 (con una segunda edición en Villagarcía cinco años después). Idiáquez, por supuesto, no rompió con lo que antes había dicho la Ratio Studiorum, la Constitución académica de los jesuitas: “en este trabajo he procurado mostrar dos puntos: el uno, el acertado método de la Compañía en enseñar las Letras Humanas, y el otro, que muchas prácticas utilísimas, que tanto se celebran en algunos eruditos modernos, son prácticas mui antiguas en la Compañía”³⁴. No había nada nuevo que los jesuitas tuviesen que crear y mucho que debían actualizar.

Villagarcía asimiló perfectamente este espíritu de renovación académica y lo plasmó a través de dos medios que se interrelacionaban mutuamente. En primer lugar sacando a la luz la segunda edición de la obra del padre Idiáquez (en 1758 como dijimos anteriormente), gracias a la iniciativa de establecer una imprenta en el propio Colegio. Desde mayo de 1755 Idiáquez gobernaba este Colegio-Noviciado, poniendo en funcionamiento al año siguiente esta

34. IDIÁQUEZ, Francisco Javier, *SI: Prácticas e Industrias...*, ob cit, “Prólogo a los Seminaristas”.

imprensa con una finalidad claramente académica: “surtir de ediciones de autores clásicos y bien corregidos”³⁵. Unas ediciones preparadas, y este es el segundo medio para la renovación, por un grupo de profesores que participaban de las inquietudes del superior que les dirigía, Javier de Idiáquez.

Pero Villagarcía era mucho más que un espacio académico. La formación espiritual no solamente se encontraba presente en la enseñanza de la doctrina cristiana de sus alumnos, sino en la capacidad de los jesuitas de encontrar en este lugar las fuentes de sus primeros años. Así lo contemplaban estos religiosos, destacándolo dos autores en sendas centurias y con visiones diferentes: Luis de La Puente y José Francisco de Isla. Cuando este segundo religioso llegó a Villagarcía por segunda vez en 1753, sus amigos públicos, muy conocidos en los ambientes de poder de la España de Fernando VI, interpretaron este destino del padre Isla como un destierro, un apartamiento del foco principal y de decisión de la Compañía, un relegamiento a un rincón apartado de Tierra de Campos. Sin embargo Isla les desengañó de todo eso con su finura e ironía habitual, “si esta es desgracia, me río yo o me compadezco de todas las felicidades del mundo”³⁶. En Villagarcía Isla escribió las páginas de su célebre obra, “Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes”. Pretendía entregarlo a la imprenta del Colegio, pero el obispo de Palencia (diócesis a la que pertenecía entonces Villagarcía) puso en el camino el mayor número de dificultades posibles. El original fue enviado a Madrid donde se publicó su primera edición en 1758. Desde el principio se convirtió en un éxito editorial que no pudo beneficiar a las prensas de Villagarcía. Sin embargo hasta 1760 Isla no dejó de contemplar desde este rincón de Tierra de Campos, a pesar de un predicado aislamiento, el ir y venir de la España de Carlos III, la última de las Españas que pudieron contemplar los jesuitas de esta generación.

El primero de ellos, el asceta vallisoletano, padre La Puente hablaba de Villagarcía desde otro ángulo totalmente diferente. Un lugar “pequeño, retirado y libre del trato con seglares”. Este carácter le convertía en otra clase de noviciado para los Padres con mayor experiencia en los trabajos y ministerios de la Compañía. Pensaba en ella como “casa de recreación espiritual”, donde descansaban los jesuitas de la provincia de Castilla y tomaban nuevas fuerzas para volver al trabajo³⁷.

35. “Una experiencia de muchos años ha hecho conocer que no se podía lograr el que estuviesen nuestros Estudios surtidos de buenos libros. Para remediar este daño se acaba de tomar la providencia de que en Villagarcía se ponga imprenta”, en IDIÁQUEZ, Francisco Javier, *SE Prácticas e Industrias...*, Villagarcía, Imprenta del Seminario, 1758.

36. “En ninguno de los destinos que he tenido he experimentado el gusto, el consuelo, la paz interior, la quietud externa y el lleno de gozo que experimento en éste (...) Aquí quiero vivir y morir sosegadamente, cantando con el mayor consuelo de mi espíritu el *Beatis ille qui procul negotiis...* Con esta noticia podrá vuesa merced consolar al señor Taboada y a los demás amigos, que si verdaderamente lo fueren, no me tendrán lástima, sino mucha envidia”, en “Carta de José Francisco de Isla a Miguel Medina”, Villagarcía de Campos, 29 diciembre 1753, en *Cartas Inéditas del padre Isla*, edición de Luis Fernández Martín, Madrid 1957.

37. LA PUENTE, Luis de, *SE Vida del Padre Baltasar Álvarez...*, ob cit, p. 171.

Efectivamente, desde la constitución canónica de su noviciado en 1577, Villagarcía era cantera espiritual de los jesuitas de Castilla. Teniendo en cuenta que esta provincia (y Valladolid en concreto) había sido pionera para la Compañía de Jesús en el terreno de los noviciados. Fue muy cercana de la ciudad del Pisuerga, en la villa de Simancas, en aquel lugar donde la Monarquía Hispánica estaba empezando a centralizar sus documentos, donde gracias a la iniciativa de uno de los regidores de Valladolid y comendador de la orden de Santiago, Juan Mosquera, y con el apoyo de Francisco de Borja, se estableció en 1554 el primer noviciado de los jesuitas en España en vida de San Ignacio, totalmente separado de un colegio³⁸. Era una casa de probación, dedicada a la formación del aspirante a ser jesuita, durante un periodo prolongado que siempre se veía reducido por los recursos humanos, de los que se encontraba tan necesitada la Compañía en estos momentos de relampagueante expansión.

En Simancas vivieron sujetos a los caprichos de un fundador que en sus disposiciones testamentarias provocó auténticos quebraderos de cabeza a los jesuitas, trasladándoles de un edificio a otro. Pero Simancas puede figurar en la historia de la Compañía por ser un lugar donde los rigores y los entusiasmos iniciales de una religión alcanzaron sus más altas cuotas. Era ese mundo al revés del que hablaban los maestros de novicios³⁹.

Las disposiciones testamentarias de un clérigo de la diócesis de Astorga, Gaspar Alonso de Castro, haciendo a los jesuitas beneficiarios de unas importantes propiedades y rentas en tierras leonesas, trasladaron el noviciado castellano a Villar de la Vega, un lugar idílico para retirarse del mundo. Sin embargo los jesuitas, aunque fuesen novicios, no se retiraban del mundo sino que transformaban lo mundano... “colles Bernardus, montes Benedictus amabat, oppida Franciscus, magnas Ignatius urbes”, decía el proverbio señalando las atracciones de los jesuitas hacia los núcleos urbanos. Poco prolongaron los de la Compañía su estancia en Villar, pues no encontraron ese universo de demandas y clientelas que necesitaban para funcionar. En 1562 Medina del Campo acogió, por segunda vez en tierras vallisoletanas, el noviciado de Castilla, aunque algunas casas de probación habían nacido en otras provincias españolas, tomando como modelo la de Simancas. Así lo hizo Bartolomé Bustamante, aplicando lo que había aprendido en esta pequeña localidad vallisoletana, cuando puso en funcionamiento el noviciado de Córdoba⁴⁰.

Pero Medina tampoco fue el final de esta peregrinación pues la generosa entrega de Magdalena de Ulloa convirtieron a una pequeña localidad, cercana a otra de las Medinas vallisoletanas, la de Rioseco, la ciudad de los

38. FERNÁNDEZ MARIÍN, Luis SI: “San Francisco de Borja y el noviciado de Simancas” en Nueva Miscelánea Vallisoletana, Valladolid 1998, págs 343-387.

39. GRANERO, Jesús: “Los profesos de la Compañía” en Manresa, vol 42, págs 19-50

40. MHSI, Epistolae mixtae V, “Carta de Bartolomé Bustamante a Ignacio de Loyola”, Córdoba 30 noviembre 1555, págs 118-119.

Almirantes de Castilla, los Enríquez, en una villa para los jesuitas... hablamos de Villagarcía de Campos⁴¹. Del servicio que a la Iglesia y a la Compañía de Jesús iba a hacer este Noviciado de Villagarcía de Campos ya se hizo eco el propio Padre General Francisco de Borja, en enero de 1572, cuando aceptaba la voluntad fundadora de Magdalena de Ulloa: “este seminario será un portentoso seminario de virtudes en la Iglesia, principio de grandes cosas y de heroicas hazañas de la gloria de Dios y bien espiritual y corporal de muchas gentes”⁴². Las únicas reticencias podían estar marcadas por la lejanía de Villagarcía de un núcleo populoso. Al final el Prepósito General aceptaba esta “Probación”, con una renta anual de dos mil ducados: “creo que será muy propósito para esta Provincia”.

Una cantera de novicios que fue iniciada desde la formación por maestros de novicios como el padre Baltasar Álvarez. Una estela en la que le seguirían Luis de La Puente, Diego de Sosa o Gaspar de la Figuera. Noviciado que aportaría futuros formadores, misioneros en tareas de evangelización de tierras lejanas. Entre estos religiosos algunos fueron ejecutados y convertidos en mártires (en Méjico, Filipinas, Japón o Paraguay). Novicios importantes también en la espiritualidad y los ministerios de la Compañía de Jesús. Los propagadores, por ejemplo, de la citada devoción del Sagrado Corazón. Todos ellos se formaron en Villagarcía: los futuros padres Bernardo de Hoyos, Juan de Loyola y Agustín de Cardaveraz. Religiosos de las misiones populares entre los que destacó Pedro de Calatayud. Hombres de gobierno de las provincias de la Compañía y de la renovación educativa como el citado Francisco Javier Idiáquez. Eran en sus primeros años como jesuitas continuadores de aquel grupo de doce novicios que procedentes, no solamente de Medina del Campo sino de otros colegios de diversas ciudades, llegaron en marzo de 1577 e iniciaron la marcha de este Noviciado.

Sin embargo no solamente fue un camino de prestigio y fama, sino también de dificultades, como las económicas. Una importante deuda se agravaba en el periodo fundacional y construcción del Colegio y del Noviciado. Deudas de las que salieron los jesuitas gracias a las ayudas de la fundadora Magdalena de Ulloa. Después, cuando esta desapareció, dependieron en gran medida de la agricultura. Pero esta economía era fluctuante, dependiente de las cosechas. En la propia Villa poseían una granja para atender estas demandas. Otras se situaban en Villanueva de los Caballeros (a cinco Kilómetros), Santa Eufemia del Arroyo y la Dehesa de San Andrés en la ciudad natal de la fundadora: Toro. El siglo XVIII fue el del saneamiento económico. En los tiempos de la realización del Catastro de la Ensenada la hacienda de labranza y ganadería del Colegio de Villagarcía era algo más que destacable.

41. VVA, Doña Magdalena de Ulloa 1598-1998, Valladolid 1998. VILLAFANE, Juan de SI: Relación Histórica de la vida y virtudes de la excelentísima señora doña Magdalena de Ulloa Toledo Ossorio y Quiñones..., Salamanca, 1723.

42. BORGIA V, “Carta de Francisco de Borja a Jerónimo de Nadal”, Miranda de Ebro, enero 1572, p. 658.

Villagarcía además destacaba por el cumplimiento de los preceptos, de los trabajos y los ministerios, del buen gobierno y del fervor. Impresiones que todavía quedaban reflejadas en el Libro de Visitas en los años previos a la expulsión, cuando el Rectorado de este Colegio-Noviciado era desempeñado por Francisco Javier Idiáquez, el renovador en la enseñanza del latín. Lo definían las Cartas Anuas, y en ello coinciden algunos historiadores de la Compañía que las leían al pie de la letra, “Villagarcía seguía siendo igual a sí misma”⁴³. Además Villagarcía contaba con el afecto de la Compañía, como lugar vinculado a la espiritualidad de su formación y así lo dejaban traslucir en su correspondencia o en sus obras. Se encontraba asociado a la pureza espiritual que a un novicio se le atribuía. En 1767 Villagarcía cesaba en sus funciones de noviciado, con una notable presión sobre los novicios por parte de las autoridades para evitar que la mayoría de los setenta y nueve jóvenes que allí se formaban en aquel momento siguiesen el camino de los padres de la Compañía hacia el destierro.

Villagarcía poseía una multiplicidad de funciones, incluso litúrgicas. En el conjunto de las iglesias de la Compañía de Jesús poseía notables singularidades. Al mismo tiempo era el espacio de los ministerios propios de los jesuitas, pero también el templo para el canto del oficio divino de los doce capellanes y de celebración de los sufragios de misas y funerales de los fundadores del Colegio. Tan complicada estructura condujo a Magdalena de Ulloa a escribir repetidas Constituciones de Capellanías para regular su funcionamiento y la compatibilidad de funciones. Siempre dejando bien claro que la propiedad y patronato de la iglesia era de los jesuitas. Esto provocó conflictos con la familia de los señores de Villagarcía.

Como espacio litúrgico la iglesia de San Luis de Villagarcía se convirtió en modelo para futuras construcciones en Castilla, y no solamente para aquellas proyectadas desde la Compañía de Jesús. Algunas muy cercanas, como el templo de la Casa Profesa de Valladolid, después iglesia de San Ignacio, sin olvidar los Colegios de los jesuitas de Segovia, Palencia, Oviedo o Santander (éstas dos últimas fundaciones igualmente de Magdalena de Ulloa). San Luis de Villagarcía no solamente fue reflejo de la plasmación del nuevo estilo, sino también de lo que el profesor Bustamante García ha definido como “influencia directa de El Escorial”. El jesuita italiano, Giuseppe Valeriani, la última autoría arquitectónica de este templo, contaba con la amistad de Juan de Herrera y también con su apoyo. Valeriani se había convertido en supervisor de muchas obras de iglesias de la Compañía. Inmediatamente entramos en la debatida polémica sobre la existencia o no del “estilo jesuítico” en arquitectura. El plan de este templo integraba toda una serie de elementos que constituían el llamado “modo propio” de la Compañía de Jesús, lo que algunos convirtieron después en “estilo” propiamente dicho. Hablamos de funcionalidad, austeridad, invitación a la unidad,

43. PÉREZ PICÓN, Conrado, *SI Villagarcía de Campos, Estudio Histórico-Artístico...*, ob cit, p. 288.

a la concentración, a la adecuada visibilidad y acústica. Todo ello importante para conseguir el adecuado desarrollo de los ministerios pastorales.

Los superiores de los jesuitas pretendieron continuar la uniformidad, a través de la existencia de un supervisor general en Roma de todas estas obras, un responsable o encargado de la construcción de estos edificios en cada una de las provincias jesuíticas, además de los maestros y arquitectos jesuitas al pie de la obra, religiosos lo suficientemente formados en el arte de construir. En resumen, en Villagarcía, si los primeros planos de la Colegiata se debían a Rodrigo Gil de Hontañón, la forma y estilo propios de Juan de Herrera, con el cual Valeriani se encontraba perfectamente conectado. Todo ello condujo al padre Pirri a señalar que la iglesia de Villagarcía se convirtió en la “primera iglesia contrarreformista de Castilla y en una de las primeras de España”⁴⁴.

* * *

Este concepto de capitalidad que hemos venido otorgando a Valladolid y a su ámbito geográfico desde los ojos de la Compañía no era fijo. Se convertía en itinerante a través de los misioneros que salían de estos colegios, no solo a aquellas tierras más lejanas de las Indias, sino a las más cercanas de las villas y pueblos de alrededor, pequeños núcleos rurales, a través de los misioneros populares. Su objetivo era claro, producir en aquellos habitantes una mudanza de vida y costumbres⁴⁵, acompañada de una intensa campaña con la más importante de las alfabetizaciones, la de la Doctrina Cristiana. Algunos Catecismos salieron de las citadas imprentas vallisoletanas de los jesuitas⁴⁶. Desde los principios de su expansión y los comienzos de su vida en la Compañía, los jesuitas se dedicaron, como San Ignacio en las plazas de Roma, a reunir a los niños (y también a sus padres) bajo el acompasado son de una pequeña campana y a comenzar a recitar los contenidos principales de la Doctrina. Pero no olvidemos la palabra consoladora a los enfermos, a los presos y a los enemigos de la ortodoxia católica, a las

44. “En realidad la Colegiata de Villagarcía diseñada por Rodrigo Gil de Hontañón, reorganizada por Pedro de Tolosa a imitación de la basílica de El Escorial y completada por el Hermano José Valeriano, es no sólo bella y noble en sus proporciones, sino que fue en su tiempo el primer ejemplar de iglesia contrarreformista de Castilla y una de las primeras de España”, en PIRRI, Pietro, *SI: Giuseppe Valeriano, S.I.; Architetto e Pittore, 1542-1596*, Roma 1970, p. 27. GARCÍA CHICO, Esteban; *Catálogo Monumental de la Provincia de Valladolid*, t. II, Valladolid 1959, p. 129. MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José; “La Colegiata de Villagarcía de Campos y la arquitectura herreriana”, en el *Boletín de Estudios de Arqueología de la Universidad de Valladolid*, XXIII, Valladolid. RODRIGUEZ GUTIÉRREZ de CEBALLOS, Alfonso, *SI: “Juan de Herrera y los jesuitas”*, en *AHSI*, vol. XXXV, Roma 1966, p. 296. PÉREZ PICÓN, Conrado, *SI: Villagarcía de Campos, Estudio histórico-artístico*, Valladolid, Institución Cultural Simancas, Diputación Provincial, 1982.

45. BURRIEZA SÁNCHEZ, Javier: “Ciudades, misiones y misioneros jesuitas...”, ob cit, Valladolid 1998, págs. 75-109.

46. BURRIEZA SÁNCHEZ, Javier: “Un catecismo jesuítico en la España de la Ilustración. Pedro de Calatayud y la catequesis de la Compañía de Jesús”, en *Investigaciones Históricas* 19, Universidad de Valladolid, Valladolid 1999, págs 53-81.

arrepentidas... palabra imitada, palabra difundida, palabra enseñada y predicada. Palabras, pues con ellas los jesuitas trabajaban.

Cinco modelos, cinco formas de hacer Compañía, de convertir a los jesuitas en fuerza determinante para el mundo sacralizado moderno, para los comportamientos religiosos, conducidos a través de medios tan eficaces como el púlpito y la predicación, el confesionario y el perdón, la enseñanza y el saber. Valladolid fue capital de cátedras, de catecismos, de doctrinas cristianas, de misiones populares, de devociones y de modelos de santidad. Valladolid fue para la Compañía la misma red de ideas, el mismo punto de encuentro que lo era para la Castilla de entonces.



Detalle de la portada lateral y torre de la Basílica de Santa María de Portugaleta, de estilo gótico-renacentista.